

CELIA AMORÓS y ANA DE MIGUEL ÁLVAREZ (eds.) (2007).
Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización (3 vol.), Madrid, Minerva Ediciones, 2007.

* El vínculo ineludible entre teoría feminista y movimientos sociales marca el inicio de estos tres volúmenes de *Teoría Feminista*, en los que sus editoras Celia Amorós y Ana de Miguel Álvarez proponen un recorrido por las distintas etapas, reivindicaciones, logros y dificultades que ha pasado esta teoría crítica de la sociedad a lo largo de sus tres siglos de tradición. La teoría feminista —cuyo desarrollo no ha sido precisamente lineal ni uniforme— ha ido acompañada de una militancia activa de los distintos grupos de mujeres, convirtiéndose de este modo en agente de cambio social. El feminismo, «tradicionalmente ignorado por la historia de las ideas y de los movimientos sociales»¹, se constituye como un paradigma que, desde sus nuevas y propias categorías, pone al descubierto los idearios sexistas, racistas y patriarcales que funcionan en tantos discursos (filosóficos, científicos o políticos) y prácticas sociales. Es así como la mirada feminista nombra, hace visible y pública la opresión de las mujeres que, tradicionalmente silenciadas y esclavizadas en el espacio privado de lo doméstico, han vivido sin ningún tipo de reconocimiento.

Bajo el subtítulo «De la Ilustración al segundo sexo» se presenta el primer volumen, que arranca con la narración del llamado «memorial de agravios» para seguir más tarde con la formulación de las vindicaciones feministas. Ya en 1405, en su obra *La cité des dames*, Christine de Pizan² llevaba a cabo una defensa del jui-

cio y la experiencia de las mujeres basándose en personajes femeninos de la mitología y la historia. Sin superar del todo la mentalidad feudal de su tiempo, mantiene que la mujer posee las capacidades necesarias para aprender las ciencias; sin embargo, no postula de estas afirmaciones la exigencia del ejercicio del conocimiento por parte de todo el género femenino. Poullain de la Barre, discípulo de Descartes, será una de las voces que continuará la crítica contra el prejuicio de la desigualdad entre los sexos y los intereses que lo sustentan. Su afán por aplicar el método cartesiano a problemas éticos, políticos o sociales, y su relación con el círculo del movimiento de las Preciosas, le lleva a traspasar el umbral de lo ético para adoptar un sentido más político en su idea de igualdad. Siendo uno de los principales teóricos del contrato social, no puede sin embargo estar más lejos del discurso de Rousseau, para quien las diferencias entre los sexos condicionan por completo la moral y educación de unos y otras. La igualdad será para Poullain de la Barre el rasgo más característico del llamado «estado de naturaleza», igualdad que con la extensión de la familia y la no participación de las mujeres en las guerras sería sustituida por la interiorización de las desigualdades.

Las incoherencias de la ideología de la Revolución Francesa serán puestas en evidencia por los grupos de mujeres que, autodesignadas como «Tercer Estado dentro del Tercer Estado», reivindicaron su derecho a la ciudadanía y exigieron una y otra vez su inclusión en los discursos sobre igualdad, libertad y fraternidad. Autoras como Olympe de Gouges —que fue guillotina en 1793, dos años después de escribir la «Declaración de los

* Recensión realizada en el marco del proyecto de investigación HUM2007-65099.

¹ Celia Amorós y Ana de Miguel, «Introducción», vol. 1, p.56.

² Celia Amorós y Rosa Cobo, «Feminismo e Ilustración», vol. 1, p. 95.

Derechos de la Mujer y de la Ciudadanía»—denunciarán la falsa universalidad del lenguaje revolucionario y solicitarán la invalidez de la Constitución.

En el contexto de la Revolución Industrial británica, Mary Wollstonecraft representa la recepción de la literatura feminista de la Revolución Francesa. En *Vindicación de los Derechos de la Mujer* (1792), apelando a la razón moral y a la igualdad, se cuestiona las motivaciones sociales de la subordinación sufrida por las mujeres (incluida ella misma) en el ámbito de lo privado. Gran crítica de los libros de conducta para mujeres y del ideal de feminidad rousseauiano, «se enfrenta a una pedagogía femenina profundamente marcada por el pensamiento y la práctica más patriarcal y misógina»³.

La desarticulación de esa ideología de la naturaleza tan fuertemente implantada, será el principal objetivo del feminismo del diecinueve. El ensayo de John Stuart Mill *The Subjection of Women* (1869) tuvo una increíble repercusión en la mentalidad de lectoras de todo el mundo. La filosofía utilitarista se revelaría así como «un poderoso instrumento para reivindicar el sufragio universal»⁴. Para Mill, las mujeres habían quedado injustamente relegadas a los discursos de la inferioridad o de la excelencia, ambos legitimadores de su opresión y desigualdad. Según sus planteamientos, tras la abolición de las instituciones feudales en la modernidad, no se las podía seguir excluyendo de los principios de igualdad y libertad. Mill, desde el escaño que ocupó en el parlamento inglés de 1865 a 1868, incluyó (sin demasiado éxito entre sus contemporáneos) el sufragio de las mujeres en su programa electoral, argumentando que el reconocimiento de las muje-

res supondría un beneficio para la sociedad en su conjunto, para la humanidad.

El movimiento sufragista, heredero del abolicionismo, comienza su andadura con la declaración de Seneca Falls o «Declaración de sentimientos», firmada en 1848 al tiempo que aparecía el *Manifiesto comunista* de Marx y que se sucedían las revoluciones burguesas. La educación, la dependencia social y económica de la mujer en el matrimonio, el deber de reproducción o la precariedad en el trabajo—propiciadas por la ideología de la naturaleza diferente— fueron algunas de las cuestiones sometidas a análisis y crítica por las sufragistas. Pero frente al liberalismo y el marxismo, sus reivindicaciones parecían seguir quedando fuera del discurso de la humanidad, a pesar de haber supuesto «la redefinición real de qué sean derechos civiles y derechos sociales y fuera la base sobre la que el feminismo edificó una amplia gama de nuevos derechos, los sexuales»⁵.

El feminismo estadounidense de la segunda mitad del diecinueve vivió procesos de radicalización tanto en el ámbito de las ideas y como en los modos de actuar, «consistentes en marchas, reuniones masivas, difusión de folletos y la presentación casi anual de una enmienda constitucional a favor del sufragio femenino en el Congreso de 1878 a 1896»⁶. También el feminismo inglés cambiaría sus métodos e intensificaría su lucha a comienzos del siglo XX, pero habrá que esperar al fin de la Primera Guerra Mundial para asistir al inicio del reconocimiento del derecho al voto de las mujeres en numerosos países.

Con *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, «texto bisagra entre el feminismo ilustrado y el neofeminismo de los 70», se cierra este interesante primer vo-

³ *Ibid.*, p. 134.

⁴ Ana de Miguel Álvarez, «El feminismo en clave utilitarista ilustrada: John S. Mill y Harriet Taylor Mill», vol. 1, p. 179.

⁵ Alicia Miyares, «El sufragismo», vol. 1, p. 255.

⁶ *Ibid.*, p. 282.

lumen. El conocido ensayo de Beauvoir relanzará, tras la Segunda Guerra Mundial, el debate feminista tomando como punto de partida su propia experiencia y los testimonios de mujeres. La pregunta ¿qué ha significado para mí el hecho de ser mujer? la llevó a preguntarse por «las condiciones de posibilidad de la existencia vivida como mujer y la forma como las mujeres se sienten vivir en esas condiciones que la sociedad y la cultura propician»⁷. Su declaración «la mujer no nace, se hace», (que sitúa a las mujeres como «las otras» en la hermenéutica existencialista) y su particular análisis del mundo —tan aplaudido como criticado— la define como una filósofa existencialista diferenciada de las teorías sartreanas.

El segundo volumen, «Del feminismo liberal a la posmodernidad», comienza con los planteamientos de Betty Friedan, «figura central del nuevo feminismo norteamericano que surge a mediados del siglo XX»⁸ y que se articulará como un movimiento organizado de mujeres y del que, como sabemos, nacerán organizaciones feministas como la NOW (Organización Nacional de Mujeres) en 1966. Pese a los logros obtenidos en el terreno laboral, sostiene Friedan, las mujeres no gozan aún de una auténtica igualdad, ni en el ámbito privado ni en el público. En *La mística de la feminidad*, fruto de su primera época, esta feminista liberal reivindicará la herencia del feminismo ilustrado recurriendo a conceptos como el de razón para derribar el modelo mítico que los varones habrían proyectado sobre las mujeres. Teorías tan importantes como el psicoanálisis o la antropología cultural serán señaladas como cómplices de este modelo mítico al condicionar la vida de

las mujeres a su función biológica. Los planteamientos de Friedan no estuvieron, por otra parte, exentos de críticas. Se la acusa, entre otras cosas, de haber confundido el capitalismo como sistema de dominación y el patriarcado o sistema de dominación sexo/género.

El neofeminismo de los 60 y 70, desengañado de los discursos emancipatorios de la izquierda, promovió la crítica al patriarcado y al androcentrismo. Surgen corrientes como el feminismo *radical*, que se definiría como tal «porque, según la etimología de este término, se propone buscar la raíz de la dominación»⁹. El lema *lo personal es político* guiará a estas pensadoras en el avance de sus teorías y actuaciones. Denuncian que la esfera personal está condicionada políticamente y sujeta a las relaciones de poder que estructuran la familia y la sexualidad. El análisis de la violencia patriarcal, la reivindicación del aborto y del control sobre el propio cuerpo —cuestiones que la NOW no se atrevió a formular—, serán algunos de los temas clave de esta corriente feminista pionera en su consideración de la sexualidad como una construcción política. El controvertido concepto de género (duramente criticado con posterioridad por las feministas lesbianas y negras) pretende precisamente diferenciar las convenciones socio-culturales construidas de lo biológico (el sexo).

Feministas radicales como Kate Millet, autora de *Sexual Politics* (1969), escandalizaron a la sociedad y a muchas feministas de su tiempo al introducir «claramente el tema de la bisexualidad y el lesbianismo en el movimiento»¹⁰. Con las formulaciones del feminismo lesbiano y las polémicas en torno a la sexualidad, el movimiento feminista de los ochenta

⁷ Teresa López Pardina, «El feminismo existencialista de Simone de Beauvoir», vol. 1, p. 336.

⁸ Ángeles J. Perona, «El feminismo liberal estadounidense de posguerra: Betty Friedan y la refundación del feminismo liberal», vol. 2 p. 15.

⁹ *Ibid.*, Alicia H. Puleo, «Lo personal es político: el surgimiento del feminismo radical», vol. 2, p. 40.

¹⁰ *Ibid.*, p.43

queda dividido. Estos debates internos darán lugar a algunas reformulaciones del feminismo socialista y a nuevas propuestas como la del feminismo cultural que, contra posiciones anteriores, mantendrá que desde la ecuación mujer-naturaleza frente a varón-cultura pueden establecerse «vínculos directos entre las vidas de las mujeres, sus cuerpos y el orden natural»¹¹. Esta noción del cuerpo femenino —han señalado las críticas— cae en la trampa del esencialismo, repitiendo las mismas técnicas ideológicas que someten a las mujeres. Será éste un debate muy vivo en el seno del feminismo de la igualdad (en su redefinición de la tradicional división entre lo público y lo privado), del feminismo de la diferencia y su crítica al logofalocentrismo y los feminismos posmodernos y postcoloniales.

Es en el tercer volumen de esta *Teoría feminista*, «De los debates sobre género al multiculturalismo», donde se detallan las controversias en torno al concepto de género. Las críticas de la antropóloga americana Gayle Rubin al psicoanálisis, al marxismo y a las estructuras de parentesco de las teorías de Lévi-Strauss, las denuncias de Adrienne Rich a la «heterosexualidad obligatoria», la perspectiva de los performativos de Judith Butler o los movimientos *queer* son algunos de los frentes —por mencionarlos de manera muy sumaria— que conforman este debate.

Los problemas de género constituyen también el eje vertebral de la crítica cul-

tural y el análisis «de la dinámica social en las sociedades del capitalismo del bienestar»¹² de Nancy Fraser, que intentará conciliar las generalizaciones que se realizan sobre la base de género con las diferencias raciales, sociales y de comportamiento sexual. Desde un multiculturalismo crítico, se propone así develar los subtextos de género que anidan en las culturas. Y es que los profundos cambios que desde hace unas décadas se vienen produciendo en las sociedades a nivel mundial, y los que se están gestando en el marco neoliberal globalizado en que vivimos, hacen pensar en una fuente inagotable de desigualdades que propician fenómenos como los dramáticos «flujos migratorios», la emergencia de los fundamentalismos o la llamada feminización de la pobreza. Por todo ello, algunas voces feministas apelan a una crítica conjunta basada en la construcción de redes, en la solidaridad y el diálogo de mujeres a nivel global.

En suma, estos tres volúmenes —de imprescindible lectura para comprender las dinámicas de las luchas de las mujeres desde sus inicios— se hacen eco de los teorías y movimientos feministas que han sometido a crítica las prácticas culturales, políticas, sociales y religiosas patriarcales, y que aún hoy siguen desfavoreciendo a las mujeres en todo el mundo.

Dácil Álamo Santana

¹¹ Raquel Osborne, «Debates en torno al feminismo cultural», vol. 2, p. 229.

¹² Ramón del Castillo, «Crítica cultural y género en el capitalismo tardío», vol. 3, p. 66.